

Ancianos y ciudad*

Roberto Donoso Salinas**

En su primera salida al mundo, Buda, entonces Sidarta, encontró un hombre achacoso, desdentado, todo lleno de arrugas, canoso, encorvado, apoyado en un bastón; ante su asombro el cochero le explicó lo que es un viejo... “qué desgracia, exclamó el príncipe, que los seres débiles e ignorantes, embriagados por el orgullo propio de la juventud, no vean a la vejez”.¹

NUN Y GOULDNER A FINES DEL SIGLO XX hablaron de La Rebelión del Coro, refiriéndose a la tragedia griega en que los héroes, que se hallaban en contacto directo con los dioses, eran los únicos dignos de ser tomados en cuenta. La vida cotidiana quedaba reservada al coro, lugar subalterno y sin rostro, que estaba formado por las mujeres, los niños, los viejos, los mendigos, los esclavos. “En una palabra, todos los que se quedaban en la ciudad mientras los otros partían en busca de la aventura, el poder y la gloria”.² Esperaban que los ancianos, los sin casa, los inválidos y los marginados se plantaran en medio del escenario y se dirigieran a la esfera pública exigiendo ser oídos en sus demandas, “desde su realidad diaria, sudorosa y poco mostrable”.

Aquellos autores que propiciaban y creían en La Rebelión del Coro, tuvieron en parte razón y algunos grupos fueron oídos, pero los más pobres, los ancianos, los minusválidos

y los niños indigentes, en especial los del tercer mundo, no han sido aún escuchados, y no lo serán mientras exista un sistema social en que el individuo vale de acuerdo a su capacidad productiva. El lema utilitario “Tú vales cuanto produces” se ha impuesto.

Para la sociedad actual los ancianos son casi inexistentes. Para referirse a ellos se emplean palabras inocuas: tercera edad, adultos en plenitud: *viejo, anciano, veterano* o *añoso* han pasado a ser palabras que están al borde de la obscenidad, hay un pudor social en nombrarlas. Según Simone de Beauvoir “para la sociedad, la vejez es un secreto vergonzoso del cual es indecente hablar”.³

Sólo nos damos cuenta de su existencia cuando nos causan molestias, como aquellos mendigos ancianos que nos estiran las manos, no del todo limpias, con ropas raídas, encorvados, y nos piden en forma insistente que les demos una limosna; o bien, cuando por su lento caminar sobre las estrechas y agujereadas banquetas obligan al apurado transeúnte a disminuir su acelerado andar, que lo hace, generalmente, denostando al atribulado viejo.

También salen de su anonimato cuando se les necesita (en algunas localidades 15% del electorado es anciano), pero, en general, usando las palabras de Gouldner, “son vistos pero no percibidos”.

En la actualidad, la mayoría de ellos, de ser una molestia para el resto de sus conciudadanos, han pasado a ser un problema. En efecto, como consecuencia del mejoramiento de las condiciones de higiene, de nuevos medicamentos, etc., la vida humana se ha prolongado y el mundo está siendo habitado cada vez por más veteranos. Para la lógica económica se está ante *el peligro gris*.⁴

*He dedicado un largo periodo al estudio de la teoría urbana y tengo, además, bastantes años, por lo que la interpretación que le doy a los hechos sociales a los que me referiré, la ancianidad y la vida urbana, estarán inevitablemente influenciados por mis vivencias.

**Estoy en deuda con Raúl Hernández Valdés, Manuel José Salinas y Armando Cisneros Sosa, quienes tuvieron la paciencia de leer este trabajo y hacerle observaciones muy valiosas.

Aquellos ancianos que cuentan con modestos ingresos, provenientes de pensiones o jubilaciones, o que gozan de algunos beneficios en el área de salud, están empezando a ser tomados en cuenta no porque despierten interés de por sí sino porque otros grupos se sienten amagados, económicamente, por su sola existencia. Los ancianos ya son muchos.

Vamos a vivir en un mundo plagado de viejos. ¿Qué hacer?

Mumford proponía que las ancianas se dedicaran a la costura, cuidaran niños y tejieran, y que los hombres al “jardín y a los servicios menores”⁵ para que pudieran subsistir.

Pero de aquellos ancianos paupérrimos, que no tienen derecho alguno, ni quién se haga cargo, que mueran. Aguilar la llama “la enfermedad más sutil e insidiosa de la tercera edad, el abandono y la no consideración, en las que generalmente se tiene a esa clase de personas”.⁶ Siguen y seguirán siendo ignorados. Además, es probable que esta gente que vive en la miseria muera antes de llegar a la vejez.

Simmel en su ensayo sobre los pobres sostiene que éstos se sienten poseedores de varios derechos, que se los reconocen las constituciones, pero no tienen a quién demandárselos. Igual sucede con los ancianos: la Carta de las Naciones Unidas habla de los Derechos y Necesidades de los Ancianos. Las cartas fundamentales se refieren al derecho del trabajo, pero un viejo ¿ante qué tribunal va a recurrir para que se obligue a alguien para que le dé una ocupación?⁷

La actitud frente a las personas de mucha edad no es nueva. Los ancianos no han sido tomados en cuenta durante la mayor parte de la historia. En general el trato que se les ha dado es bastante despectivo, lo que se refleja en algunas novelas. Se les describe como tacaños testarudos y perversos (Shakespeare, en *El rey Lear*, y *El mercader de Venecia*, Molière en *El avaro*, Dostoievski en *Crimen y castigo*). Cyrano de Bergerac en *El otro mundo* dice que en la sociedad ideal los ancianos deben rendir pleitesía a los jóvenes.⁸

Es curioso que los utopistas, quienes soñaban con una sociedad perfecta y se preocupaban hasta de sus menores detalles, de cómo iba a ser cada edificio, en dónde se alojarían sus habitantes y de las actividades cotidianas de cada cual, no se hayan referido al espacio que tendrían en ella los viejos. Una de las excepciones fue Tomás Moro, quien en *Utopía* los coloca en un lugar si bien no privilegiado al menos de respeto por parte del resto de los utópicos.⁹

Desde mediados del siglo XIX se comienza a hablar de lo que se ha dado en llamar la “cuestión social”, se investiga y se escribe sobre la vida de los desamparados, entre los que están los ancianos que habitan en las ciudades. Las condicio-

nes inhumanas de los asilos que los acogían nos las narran Labreuil y Dickens. En la novela *Le père amable*, Maupassant describe a un viejo inválido que se suicida, cuando su nuera, viuda, se vuelve a casar, abandonándolo. Zola en *La terre* nos narra el asesinato de un anciano por sus hijos, etc. Las escenas que describen tanto los románticos como los naturalistas estaban reflejando una realidad social que en lo sustancial no ha cambiado.

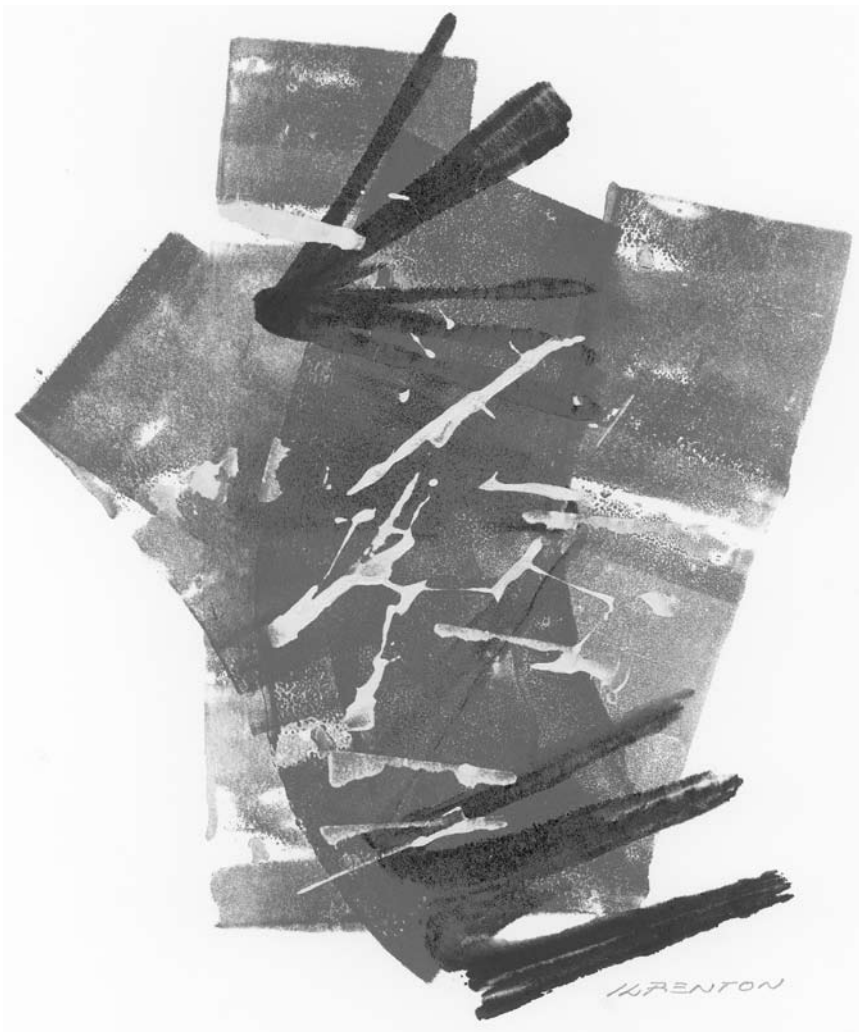
El proceso de decadencia en los ancianos se presenta bajo la forma de una gradual abdicación biológica y psicológica. Con los años las personas van perdiendo el oído, la vista y se va produciendo una lenta e imperceptible disminución de todos sus sentidos. Tienen dificultades en caminar, son torpes para asir algún objeto, la memoria les disminuye y van apareciendo enfermedades propias de la edad que los van haciendo cada vez más dependientes de aquellos que los rodean, convirtiéndose en un carga; así, se vuelven detestables para muchos.

Para retardar al máximo este inevitable proceso se han inventado medicamentos y se han hecho mejoras en la higiene pública que han permitido que muchos hayan logrado llegar a una edad muy avanzada, sin que por eso el proceso de decadencia cese.

Existe la idea equivocada de que la ancianidad antiguamente llegaba a más temprana edad, por lo efímera que era la vida en ese entonces. Antes se vivía menos pero no se llegaba a la ancianidad. Montaigne, a los 48 años, en 1580, dice que “Morir de vejez constituye una muerte excepcional, singular y extraordinaria y mucho menos natural que las otras. Extrema y extraordinaria clase de muerte es ésta, y la más alejada de nosotros, por lo que debemos considerarla lo menos posible”.¹⁰

Hay ancianos que tienen respecto a su futuro un estado de ánimo positivo, siguen haciendo cosas y asumen proyectos de vida. Los hay, asimismo, décrepitos, que tienen una actitud negativa ante la vida, que carecen de planes para más adelante, y que sólo desean morir. Para Bobbio “el mundo de los viejos es, de forma más o menos intensa, el mundo de la memoria... La dimensión en que viven los viejos es el pasado. El tiempo futuro es demasiado breve para que preocupe lo que sucederá”.¹¹

La edad de la persona en que se inicia la decadencia física varía; Buñuel estima que la suya se inició a los 77 años¹² y Bobbio a los 80.¹³ Si el anciano no nota sus años, independientemente de lo joven que pueda sentirse, los demás se lo hacen sentir. Norbert Elias se refiere a frases amables como: “es sorprendente cómo consigues mantenerte tan joven a tu



edad".¹⁴ Es difícil, casi imposible, para una persona que no es anciana poder sentir o entender lo que un viejo siente o desea.

Fuera de las autobiografías, novelas u observaciones escritas por ancianos, no hay literatura confiable respecto a los sentimientos de éstos. Norbert Elias, a los 85 años, hace notar que a un joven o a un adulto "no [le] resulta fácil imaginar que el propio cuerpo, tan fresco y a menudo lleno de sensaciones placenteras pueda volverse lento, cansado y torpe. No es posible imaginarlo, ni en el fondo se quiere imaginar".¹⁵

Se cita el *Tratado sobre la vejez*, de Cicerón, como una de las más bellas obras sobre el tema. Cicerón le va a encontrar un lado positivo a las dolencias de la vejez, lo que, con toda razón, provoca la indignación del nonagenario Bobbio.¹⁶

Cuando Cicerón escribió su tratado tenía menos de 60 años. El discurso suena a ficticio. Simone de Beauvoir empezó a escribir *La vejez* cuando tenía menos de 60 años y lo terminó a los 61. Es un tratado muy completo, pero no se puede transmitir lo que no se siente.¹⁷

Ernst Bloch se refiere a una experiencia que han tenido muchos viejos: "Para la mayoría de la gente de edad es muy

instructiva la experiencia de ver, por primera vez, cómo una jovencita se levanta para cederle el sitio. Esta cortesía tiene un efecto fatal";¹⁸ y agrega:

En la ancianidad tenemos proyectos para lo que nos resta de la vida, estos proyectos, estos ensueños a futuro, los podemos hacer con respecto a nuestra propia ancianidad. A través de todos los deseos del viejo discurre un deseo, muy problemático: el deseo de la tranquilidad. Un deseo que puede ser tan atormentador, tan apasionado como el ansia anterior de distracciones. Necesita más que antes verse libre de perturbaciones. En una senectud no filisteo, se embellece precisamente la imagen de esta tranquilidad, del campo en lugar de la ciudad, de la huida del bullicio.¹⁹

Los ancianos tienen entre ellos muchas cosas en común, pero en otras son muy diferentes, tienen vidas distintas y hasta opuestas. Pese a que los viejos ya no están insertos en la producción mantienen los valores y tienen un sentido de pertenencia a la clase social de la que eran partícipes, y sus gustos estarán muy relacionados con esta clase.

Eduardo Frank, en su libro *Vejez, arquitectura y sociedad*, hace una exposición

del diseño en función de la diferencia entre discapacitados y ancianos:

Un joven o un adulto con dificultad para caminar tiene un buen aparato perceptual... Un anciano es una persona que está implicada en un debilitamiento generalizado de sus capacidades físicas... No hay que pensar en todo aquello que el anciano no puede hacer, hay muchas cosas que el anciano puede hacer y es recomendable que las haga... La respuesta arquitectónica puede orientarse en el sentido de acentuar y estimular.²⁰

LOS VIEJOS Y LA CIUDAD

La ciudad actual es producto de la revolución industrial, lo que significó la formación de una nueva sociedad, diametralmente distinta a la anterior, con distintos valores y principios.

De *la comunidad*, que indica la fusión perfecta de la voluntad de aquellos que pertenecen a ella, que se identifican emotiva e instintivamente, de un modo no reflexivo, se pasó a *la sociedad* en que los individuos se relacionan en forma contractual más que emocionalmente.

Esto trajo aparejado un cambio fundamental en todas las instituciones sociales, entre ellas la familia, que pasó de *extendida*, que incluía abuelos, padre, madre, hermanos, numerosos hijos y nietos, a *la familia nuclear*, que se compone, generalmente, del padre, la madre y dos o tres hijos.²¹ La familia extendida le daba una mayor protección a todos, en especial a los ancianos; con seguridad, tendrían techo donde guarecerse.

La nueva ciudad tuvo como características su rápido crecimiento y la segregación espacial; las diferentes clases sociales vivieron separadas en distintos sectores. Es mucho lo que se ha escrito sobre la inhumanidad de la nueva ciudad, pero, como todo producto humano, es un fiel reflejo de la sociedad que la produjo y la sigue produciendo. El habitante de esta gran ciudad se caracteriza por su despreocupación con respecto al prójimo y por un anhelo de una autonomía individual.

La nueva ciudad, que se construyó en pocos decenios, disolvió la antigua ciudad, que era altamente integrada. Sus habitantes se radicaron de acuerdo a sus posibilidades económicas, en donde los más favorecidos obtuvieron los mejores lugares y el resto, de acuerdo a sus recursos, se fueron ubicando en forma descendente, hasta llegar a los desamparados, en las áreas menos favorecidas.

Se planificó con un criterio estrictamente económico, se trató de facilitar la circulación de mercaderías y de los adultos con capacidad de trabajo, ya fuera que éstos se transportaran en camión, automóvil, pesero, o metro, no importando la calidad del transporte. Los viejos, los niños y los inválidos no fueron tomados en cuenta. Según Mumford “ninguna etapa de la vida ha sido tan olvidada como la senectud por la civilización y los planificadores de ciudades”.²²

Los ancianos tienen una actitud ambivalente frente a la ciudad. Los que han vivido en el campo lo añoran, pero los urbanitas son nostálgicos de la ciudad que ellos conocieron y que ya no existe. Ésta tenía dimensiones humanas. No es que tengan la actitud de los prerrafaelianos o de un Tolstoi o de un socialista utópico, de odio hacia la ciudad, simplemente les gustaría volver a vivir “su ciudad”, que, según ellos, era arbolada, con aire puro, con poco ruido y con hermosa vista.

Si leemos las memorias de Sabato,²³ Bloch,²⁴ Ramón y Cajal,²⁵ Buñuel,²⁶ Cannetti,²⁷ etc., veremos que lo que más desean es el silencio, la tranquilidad, el poder caminar por las calles, con parsimonia, ver gente, sentarse en un parque a leer o a pensar, conversar en un café, contemplar la vegetación, los árboles, el césped, los paisajes, en fin, cosas sencillas que cualquier autoridad edilicia podría conceder, como de

hecho ya lo han hecho muchos municipios en Europa y en algunas pocas ciudades tercermundistas. Casi todos odian el automóvil. Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel de medicina, en 1934 escribía:

El automóvil ha producido efectos morales inesperados en las grandes urbes. De hecho el callejero indolente y el piropero gentil a las buenas mozas ha quedado suprimido; mujeres y hombres se cuidan del ataque de estos caballos mecánicos... pobres niños, pobres ancianos, víctimas propiciatorias del progreso y de la velocidad inútil.²⁸

Bobbio se refiere también a la audacia de los urbanitas, citando a un humorista:²⁹ “Esos viejos... ¿Cómo se las han arreglado para pasar tantos peligros llegando sanos y salvos a edad tan tardía?... Cómo no acabaron bajo un automóvil, cómo evitaron una teja... Algunos todavía se atreven a cruzar despacito la calle. ¿Es que están locos?” Y agrega Bobbio: “Estoy loco, cada vez más tambaleante, con las piernas cada vez más débiles, apoyándome en un bastón, del brazo de mi mujer, sigo cruzando la calle”.

En efecto, los principales problemas cotidianos de los habitantes de la ciudad provienen, actualmente, de la cantidad de vehículos motorizados que circulan, y que la ciudad se haya planificado en función de ellos.

Bobbio hace la siguiente observación sobre el efecto de la sociedad de consumo en la senectud.³⁰

No es que la vejez sea mala, sino que dura poco. Sin embargo hoy existe una retórica de la vejez, que no adopta por demás la forma por demás noble, de la defensa de la última edad en contra del escarnio, cuando no incluso el desprecio, que viene de la primera, sino que se representa a través de los mensajes televisivos, bajo la forma larvada de posibles nuevos consumidores. En estos mensajes no el viejo, sino que el *anciano*, término neutral, aparece tan campante, risueño, feliz de estar en el mundo, porque por fin puede gozar de un tónico especialmente fortificante o de unas vacaciones especialmente atractivas. En una sociedad en que todo se compra y se vende, la vejez puede significar una mercadería más.

Frente a una vejez que se ve como desastre algunas personas han preferido quitarse la vida antes de que empiecen a disminuir sus facultades. Es el caso de Paul Lafarge y su esposa, Laura Marx, de Guy Deleuze, Stefan Zweig y varios más.

Es común en las autobiografías de los ancianos referirse a lo que sienten los jóvenes hacia ellos. En México, según una encuesta del diario *Reforma* 54% cree que los adultos mayores son discriminados. “La mayoría se reparte entre los que creen que es indiferencia, menosprecio, discriminación o lástima”.³¹

Para ilustrar el panorama de los ancianos frente a la ciudad de México quisiera referirme a algunas experiencias personales. Hace años entrevisté a varias personas de distintas clases sociales, de más de 70 años, para que me describieran la ciudad de México de los años treinta del siglo xx. Todos rememoraban con ternura el barrio en que habían vivido, los juegos en la calle, las conversaciones interminables, sus hogares acogedores, abiertos a los amigos y los fugaces noviazgos entre vecinos. Evocaban con nitidez y simpatía a los ancianos, abuelos de sus amigos, que eran parte de una verdadera colectividad, en donde se sentían protegidos.

Los que vivieron en el Centro Histórico compartían estos recuerdos, a los que agregaban el movimiento y la alegría que transmitían los muchachos universitarios, cuando la Universidad Autónoma de México estaba radicada allí. Parte importante de la vida del Centro Histórico giraba alrededor de ellos, había cafés donde se conversaba, teatro, se organizaban bailes, etcétera.

El barrio que recordaban está asociado con la idea de comunidad, en donde la gente se siente unida por sentimientos comunes y existe conocimiento y simpatía entre los vecinos. Todos ellos señalaban que la ciudad de México actual no les es grata.

En un excelente artículo Gilda Waldman³² hace un recuento de la literatura sobre la ciudad de México:

En los ochenta los barrios cada vez más segregados se convirtieron en imaginarios literarios, y en los noventa los barrios desaparecieron de la literatura mexicana.

¿La identidad del hombre urbano podrá encontrarse actualmente en la ciudad de México dispersa, violenta, hostil? Los habitantes de la megaurbe ya no se reconocen entre ellos. Las calles ya no son espacios comunales sino que de apropiación excluyente. Ingobernable, descomunal, caótica, sucia, escéptica, sobresaturada, pero también pletórica de pautas de conducta y prácticas socioculturales. ¿Cómo reconstruir literariamente sus mil rostros? ¿Cómo recrear a través de las palabras la multiplicidad de ciudades que existen en ella?

Con la especulación inmobiliaria se fueron acabando algunos barrios, las casonas y calles arboladas desaparecieron. Hasta hace 30 años la colonia Del Valle que conocí estaba constituida por varios barrios. De eso ya no queda nada, las casas, con sus cuidados jardines, han sido sustituidas por altas construcciones, en las que los inquilinos que las habitan no se conocen entre ellos. Es la soledad total.

Los habitantes del Distrito Federal en general no aman su ciudad, a la inversa de lo que sucede con los habitantes

de otros estados de la republica... ¿Por qué este rechazo? Es un tema para psicólogos, psiquiatras, antropólogos y sociólogos.

Si ahondamos en las causas que hicieron que la vida cotidiana en ciudad de México se transformara, en un plazo relativamente corto, de apacible a ruidosa, caótica y enervante, veremos que el factor principal, no el único, fue la introducción desmesurada del automóvil. Se reconstruyó una ciudad, olvidándose los urbanistas que existen los peatones.

El poder político y económico de la industria automotriz es grande. Es uno de los principales ejes en torno al que gira la economía mundial. Nada demuestra en forma más clara este poder que la frase de un secretario de Estado del presidente Eisenhower: "Lo que es bueno para Estados Unidos de Norteamérica es bueno para la General Motors, y lo que es bueno para la General Motors, es bueno para Estados Unidos".³³

Todos sabemos que el automóvil ha transformado el paisaje y el entorno urbano, produce anualmente una enorme cantidad de pérdidas de vidas humanas, está produciendo el agotamiento de los recursos naturales no renovables y ha contribuido al agotamiento de la capa de ozono. La opción entre invertir en una locomoción colectiva digna y eficiente, sobre todo en el metro, o gastar para que la ciudad se organizara en función del automóvil individual, fue una decisión política, que favoreció a la industria automotriz, en perjuicio de la mayoría de los habitantes.

Las ventajas que al principio ofrecía el automóvil han desaparecido, cada día se hace más lento el tránsito. Para acelerarlo hay que invertir en nuevas autopistas, las que en poco tiempo más van a estar saturadas, porque esta facilidad momentánea para transitar ha inducido a la gente a comprar más automóviles, y es un círculo de nunca acabar.

Hace 30 años Jorge Ibargüegoitia escribió sobre este problema:

El coche es la principal fuente de los problemas urbanos... Se pueden tumbar más árboles, y hacer calles más anchas... Pero llegará el momento que no habrá más árboles que tumbar, ni espacio para hacer más calles, ni para que por las calles corran los coches... En un futuro no muy lejano se tendrá que aceptar que se está al límite de saturación...³⁴

Las autoridades expropiaron terrenos para construir autopistas, ejes viales, ensancharon algunas calles; a costa de los peatones derribaron árboles, sin preocuparse de crear parques o lugares en donde pudieran ir a recrearse los habitantes de la megaurbe.

Los ejes viales segregaron a la población. Para un anciano es muy difícil alcanzar a atravesarlos en el lapso del cambio de luces. Además para evitar los semáforos se crearon pasos sobre nivel, hechos para alpinistas, con una insensibilidad total hacia los minusválidos y los ancianos.

No es rentable gastar en los ancianos, inválidos o niños. Se pudieron haber hecho pasos bajo nivel o escalas mecánicas para hacer más llevadera la vida cotidiana de la población, colocar asientos en las banquetas (en donde todavía haya espacio para esto) o en las estaciones del metro, poner al alcance de todos excusados públicos, dignos e higiénicos, terminar con los vendedores ambulantes, hacer campañas para educar a los automovilistas, aplicar fuertes multas a los infractores del tránsito, etc., pero nada se ha hecho, ¿para qué hacerlo?

Los que diseñan la ciudad son personas que no tiene la menor empatía con los viejos. ¿Cómo iban a tratar de entender lo que sienten esas ancianas cargadas de bolsas, subiendo con gran esfuerzo esas altas escaleras? ¿Cómo van a pensar en la humillación que infringe la ciudad a los viejos, a cada instante, al atravesar las calles, al subir al camión, el cansancio que se les produce en las interminables escaleras en algunas estaciones del metro?

La inseguridad de la ciudad, por otra parte, hace que los espacios que siempre fueron ocupados por los viejos y los infantes hoy día estén casi desiertos. La plaza pública ha sido sustituida por los centros comerciales, en donde la gente se guarece. Pero ¿qué tiene que ir a hacer un anciano a un centro comercial?

La gente que concurre a estos centros se siente segura, protegida. Los *malls* están hechos para que el consumidor, normalmente joven o adulto, vaya de tienda en tienda. El anciano no tiene espacio en ellos, esas dimensiones sobrepasan su capacidad física y son exiguos los

sitios donde pueda sentarse a descansar. La lógica de estos lugares es que la gente circule para que vea el máximo de mercaderías.

El placer que puede sentir el anciano al caminar por las calles se ve opacado por las banquetas descuidadas, donde se tropieza continuamente con un pavimento disparejo, por los automóviles que se estacionan ocupando parte de ellas, por las entradas que se hacen para que los vehículos crucen la banqueta, en que el peatón camina por un chafflán con varios grados de pendiente, las aceras son ocupadas por vendedores ambulantes, que ya suman cerca de 500 000 en la capital.³⁵

Además de caminar por las calles, a los viejos les agrada sentarse a recordar o a conversar. Hoy día son pocos los que usan los parques, por el temor a ser asaltados. Tomar



asiento en las plazas, lo que era un agrado para los adultos y ancianos para platicar los sábados y domingos, hoy es una práctica imposible. Las plazas han sido invadidas por masas de adolescentes que beben, vociferan y aúllan, y por vendedores ambulantes que ocupan todos los espacios disponibles y han convertido las plazas en lugares ingratos. El caso de Coyoacán es ilustrativo, ahí los viejos, e incluso los adultos, han sido desplazados.³⁶

A aquellos ancianos que les gustaría ver espectáculos deportivos, ir a un estadio, con ese enorme gentío, con las dificultades que supone para los usuarios de la movilización colectiva, les resulta inalcanzable. Ir a un cine, visitar a un familiar o un amigo, es difícil para un viejo si el viaje tiene que hacerlo en “pesero”. La altura de los escalones, la estrechez de los pasillos, atestados de gente: cada vez que el vehículo frena abruptamente quedan algunos en el suelo.

La ciudad de México, a la inversa de otras ciudades de la república, se caracteriza por el trato brutal de los automovilistas hacia el peatón. No respetan las señales que indican que a éste debe dársele preferencia. No acatan la luz roja del semáforo, pasan sin importarles el riesgo que esto significa para aquellos ingenuos transeúntes que aún creen que la luz roja es obligatoria para los conductores. No disminuyen la velocidad cuando doblan, lanzan el auto contra los viandantes, que deben saltar para no ser arrollados. Los ancianos tienen que dar largos rodeos para encontrar un lugar dónde cruzar la calzada. Unos pocos, al lograr su objetivo, se santiguan, y con razón. Es más fácil vadear un río caudaloso que cruzar una calle.

¿Qué es lo que convierte a algunos automovilistas en asesinos potenciales? Norbert Elias sostiene que hay un proceso civilizatorio, y que desde pequeño al individuo se le inculcan costumbres permanentes, se forma un autocontrol automático. Si contraviene las normas sentirá vergüenza. Si este proceso, que hace al hombre civilizado, no se ha efectuado en forma adecuada, “basta con que la tensión que requiere esta autorregulación permanente supere a un individuo para poner a otros en peligro de muerte” (se refiere concretamente al automovilista).³⁷

Quisiera transcribir solamente un párrafo, que describe un viaje en metro de Ricardo Garibay:

Se abren las puertas y si tiene usted agallas ¡éntrele al tumulto! Antes de veinte segundos entrarán a sonar las sirenillas de aviso, de un instante a otro se cerrarán las puertas, y cosa de entrar a como dé lugar, en masa, reventando, a codazos, empellones... todos han de entrar al mismo tiempo, ¡se cierran las puertas! Se aplastan unos contra otros y contra los vidrios, los que quedan dentro...³⁸

Es importante hacer notar que todos los habitantes del Distrito Federal sufren las mismas molestias y tienen semejantes obstáculos, la diferencia radica en que los viejos y los discapacitados no las pueden superar. El atravesar la calle, subir las escalas, el viaje en metro o en camión para un discapacitado o un anciano no sólo es incómodo sino que es doloroso; el cansancio lo consume.

Una ciudad puede ser menos o más hospitalaria según la conducta que observa la gente hacia los demás. Cuando una persona sufre molestias por ir de pie en el transporte colectivo, mujeres con niños en los brazos, personas con dificultades motrices, ancianos cansados, etc., pocos están dispuestos a cederles el asiento. Algunos jóvenes empiezan a leer, con una concentración increíble, simulando no haberse percatado de la presencia del necesitado, otros fingen dormir, etcétera.

En algunos lugares hay espacios reservados para los automóviles de ancianos o discapacitados. Es frecuente que estos estacionamientos estén saturados. Los han ocupado personas jóvenes, sin que exista el menor repudio social por tal actitud. Volvemos al problema del proceso civilizatorio de Norbert Elias.

Quisiera terminar con una muy breve referencia a la vida de los ancianos pobres en la ciudad de México. Muchos de ellos, que no tienen en donde estar, en aquellos días en que llueve o hace frío viajan en el metro hasta la noche. Llegan a unas habitaciones míseras, que las comparten con varios otros familiares, y están normalmente subalimentados. •

Notas

¹ Simone de Beauvoir, *La vejez*, México, Hermes, 1983.

² José Nun, *Nexos*, octubre de 1981, núm. 46, p. 19; Alvin Gouldner, “Sociology of Everyday Life”, en Lewis Coser (comp.), *The Idea of Social Structure*, Nueva York, 1975.

³ Simone de Beauvoir, *op. cit.*

⁴ Derpich Aguilar, *Nexos*, núm. 35, diciembre, 1980, p. 24.

⁵ Lewis Mumford, *Perspectivas humanas*, Buenos Aires, Emecé, 1978.

⁶ Aguilar, *op. cit.*

⁷ Georg Simmel, “El pobre”, en *Sociología*, t. 2, Madrid, Revista de Occidente, 1977, pp. 481-520.

⁸ Los ciudadanos se habían rebelado porque la legislación se había hecho por los viejos, en su propio beneficio y en perjuicio del resto de la población, París, 1645. He usado la edición de Conaculta, México, 1992.

⁹ Tomás Moro, *Utopías del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

¹⁰ Michel de Montaigne, *Ensayos*, México, Porrúa, 1980.

¹¹ Norberto Bobbio, *De Senectute*, Madrid, Taurus, 1995.

¹² Luis Buñuel, *Mi último suspiro*, Madrid, Círculo de Lectores, 1980.

¹³Hay muchos que a pesar de sus penurias físicas mantienen sus facultades mentales intactas hasta muy avanzada edad. Más de 75 años tienen Carlos Fuentes (77), García Márquez (78), Adolfo Sánchez Vázquez (90), Ernesto Sabato (94), Mario Benedetti (85), Oscar Niemayer (98), y muchos más, que siguen produciendo obras excelentes. Octavio Paz murió a los 84 y Borges a los 97, Lúcio Costa a los 96, Luis Barragán a los 86, etc. Todos ellos en pleno uso de sus facultades mentales, pero físicamente deteriorados.

¹⁴Norbert Elias, *La soledad de los moribundos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

¹⁵*Ibid.*

¹⁶Norberto Bobbio, *op. cit.* No necesito decir que considero fastidiosas estas obras apologeticas [de la vejez].

¹⁷La curiosidad por conocer la edad de los ancianos es grande, posiblemente se deba a que si la respuesta es que los años son muchos, le dé al demandante una sensación de optimismo respecto a sus posibilidades. En la Biblia, Génesis, 47: 7, José llevó a su padre, Jacob, a presencia del faraón, y éste se limitó a preguntarle: “¿Cuántos son los días de los años de tu vida?”, Jacob contestó, y ahí terminó la conversación con el lacónico monarca.

¹⁸Ernst Bloch, *El principio esperanza*, Madrid, Aguilar, 1977, p. 20.

¹⁹*Ibid.*, p. 23.

²⁰Eduardo Frank, *Vejez, arquitectura y sociedad*, Buenos Aires, Nobuko, 2003, p. 40.

²¹Existe actualmente en los países más desarrollados una tendencia a no tener hijos, por lo que la familia en el sentido tradicional tendería a desaparecer.

²²Lewis Mumford, *op. cit.*

²³Ernesto Sabato, *Antes del fin*, Barcelona, Seix Barral, 1999.

²⁴Bloch, *op. cit.*

²⁵Santiago Ramón y Cajal. *El mundo visto a los 80 años*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1939.

²⁶Luis Buñuel, *op. cit.*

²⁷Elias Cannetti, *La lengua absuelta*, Madrid, Alianza, 1980.

²⁸Ramón y Cajal, *op. cit.*

²⁹Bobbio, *op. cit.*

³⁰*Idem.*

³¹He citado esta encuesta de *Reforma*, publicada el 28 de agosto de 2005, p. 4, por ser indicativa. Se trata de una encuesta por teléfono y la población de ancianos que no lo tiene es muy grande, por lo que quedaron fuera del universo de la encuesta.

³²Gilda Waldman, “Reflexiones en torno a una realidad casi inexistente. La literatura de la ciudad de México en la época de los 90”, en *Acta sociológica*, 1998.

³³Charles E. Wilson, designado por el presidente Eisenhower secretario de Defensa, en 1953.

³⁴Jorge Ibarguengoitia, *Excelsior*, 29 de marzo de 1976, reproducido en *La casa de ud. y otros viajes*, México, Joaquín Mortiz, 2002, p. 118.

³⁵En el periódico *Metro*, del 16 de agosto de 2005, se nos dice que Polanco está también contagiado de baches, en sus principales avenidas dice haber encontrado 151 hoyos. Si esto sucede en un sector tan exclusivo, debemos imaginarnos cómo es el de los menos privilegiados.

³⁶La plaza de Coyoacán es un ejemplo paradigmático: al igual que muchos lugares públicos no tiene servicios higiénicos. Por otra parte, este cambio de parroquianos ha hecho que ese sector pierda su carácter de barrio, los propietarios están vendiendo sus bienes raíces por que sienten que es un sector inseguro. Se ha desvalorizado el suelo urbano en los sectores aledaños al zócalo.

³⁹Norbert Elias, *El proceso de civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 452.

⁴⁰Ricardo Garibay, “Viaje al centro de la ciudad”, en *México, lecturas para paseantes*, antología de Rubén Gallo, Madrid, Turner, 2004.

ROBERTO DONOSO SALINAS es profesor-investigador de la UAM Xochimilco, donde fue coordinador del Tronco Interdivisional.